



Grupo Temático N° 14: Políticas sociales, laborales y de seguridad social

Coordinadores: Alejandra Beccaria, Natalia Benítez, Claudia Danani

“Programas de empleo y de transferencia condicionada de ingresos: análisis en perspectiva sobre las concepciones del trabajo y los programas”.

Autora: Gabrinetti, Mariana

E – mails: mgabrinetti@yahoo.com.ar

Pertenencia institucional: CETSyS-FTS-UNLP

1. Introducción:

En esta ponencia analizamos a las representaciones que se configuran y despliegan en la ejecución de los programas sociales de empleo (en adelante: PSE) y de transferencia condicionada de ingresos (PTCI). El interés de este abordaje recae en que dichas representaciones se asocian a determinadas prácticas que inciden en las modalidades que estos programas asumen en la implementación.

Tanto los PSE como los PTCI se inscriben en el marco de las políticas sociales. Los primeros fueron surgiendo en América Latina en los ochenta y fundamentalmente en los noventa, con la redefinición del rol del Estado, período en el cual se registran los indicadores de empobrecimiento de la población en la región, la crisis financiera de la seguridad social y la caída del peso político y económico de los sindicatos. En el caso argentino, los PSE tuvieron un lugar protagónico en los noventa, como parte de las respuestas institucionales frente a los elevados índices de desocupación que caracterizaron al período. Sus propósitos respondieron a la lógica de organismos multinacionales (Banco Mundial, PNUD) y se han caracterizado por su superposición en el tiempo, por su corta duración, por las llamativas diferencias entre lo propuesto en la “letra escrita” de los mismos y las modalidades que éstos han asumido en su implementación. Asimismo, los escasos



monitoreos han incidido en que las altas y bajas hayan sido atravesadas por mecanismos y prácticas clientelares.

En ese contexto, la estrategia en materia social fue la focalización, es decir, la intervención se dirigió a aquellos grupos más vulnerables, instalándose como paradigma en el marco de una revisión crítica de los impactos universales, atendiendo a las manifestaciones de la pobreza, buscando aumentar la eficacia de las intervenciones.

A partir de los noventa, se han impuesto en América Latina los PTCI como la forma principal de intervención de los gobiernos para atender a la población en situación de pobreza, garantizando un nivel básico o mínimo de ingresos monetarios. Con estos programas, la transferencia de ingresos queda sujeta al cumplimiento de condicionalidades. Dichos programas asumen diferentes modalidades: pueden estar acompañados por intervenciones como capacitación, promoción de actividades productivas o por actividades de participación comunitaria –entre otras-. Rodríguez Enríquez (2011) precisa que estas dos características de los PTCI se vinculan con los objetivos de dichos programas: aliviar la situación de pobreza por ingresos de los hogares y contribuir al fortalecimiento de las capacidades de niños, niñas y adolescentes para evitar la reproducción de la pobreza.

Como se aclaró, el financiamiento de muchos de estos programas focalizados fue realizado por organismos de crédito internacionales y se han impuesto por este motivo varios requerimientos en su implementación que se han aplicado sin distinción en distintos países de la región.

Respecto a los montos destinados en programas de empleo, han sido muy bajos en relación con la magnitud del problema laboral de la Argentina así como en comparación con los recursos asignados en los países europeos y en algunos de la región. Estos programas y planes se constituyeron en estrategias asistenciales que no generaron trabajo genuino, sino respuestas transitorias, acotadas y paliativas de la situación del desempleo y las problemáticas concomitantes.

En el caso argentino y a partir de 2003, estos programas asumen una orientación diferente y se vinculan con políticas económicas y laborales que tienen como propósito la inclusión social. La orientación que asumen estos programas se encuentra atravesada por la perspectiva de derechos, a diferencia de la etapa anterior donde eran comprendidos en términos de “beneficios”.

2. Políticas sociales como “campo”:



En las investigaciones a las que aludimos, partimos de estudiar a la gestión de las políticas sociales como “campo”, –en este caso en particular, específicamente a la fase de implementación de los PSE y PTCI-; en tanto la gestión de programas se encuentra atravesada por los intereses en juego de diversos agentes, que inciden en el despliegue de sus prácticas.

Acordando con el análisis de Chiara y Di Virgilio (2009), consideramos que en la implementación participan actores que están formalmente designados para que intervengan pero que a la vez, también participan otros agentes que lo hacen informalmente. En las investigaciones a las que nos referimos, abarcamos a los destinatarios y a los técnicos y profesionales que participan tanto formal como informalmente en la implementación¹.

3. Aspectos metodológicos:

La metodología que se aplicó en el estudio es cualitativa, se llevó adelante un estudio de caso desde el año 2000 hasta 2012 en un barrio de Berisso, provincia de Buenos Aires²; se realizaron entrevistas en profundidad, se aplicó muestreo no probabilístico. Se consideraron dos unidades de análisis: 1. Receptores de los programas aludidos³, (estas entrevistas fueron tomadas en diferentes etapas a lo largo del período 2000-2012) y 2. Técnicos y profesionales que participan formal e informalmente en la implementación de dichos programas y ocupan diferentes espacios en el campo de la gestión (estas entrevistas fueron realizadas en 2009 y 2012). Cabe aclarar que para esta segunda unidad de análisis en 2012 se amplió la muestra a técnicos y profesionales que participan de la gestión del Programa “Argentina Trabaja” en la UNLP como unidad ejecutora.

4. Representaciones:

4.a. Representaciones de los técnicos:

En esta ponencia presentamos resultados de una de las dimensiones de indagación y análisis: las representaciones que los técnicos elaboran sobre los sentidos atribuidos por los destinatarios a los programas y a ésta la articulamos con las representaciones que conforman sobre los destinatarios.

¹ Hay otros actores que también participan, pero por las condiciones en que fue realizada la investigación resultó posible para mantener la rigurosidad metodológica el acceso a estos agentes.

² En el marco de este trabajo, llamaremos “El Sol” a este barrio, para preservar la identidad de los entrevistados.

³ En función de las distintas etapas de relevamiento se tomaron entrevistas a receptores del Plan Barrios Bonaerenses (PBB); Programa Jefes/as de Hogares Desocupados (PJHD), Seguro de Capacitación y Empleo (SCyE), Plan Familias por la Inclusión Social (PF), Programa Argentina Trabaja (PAT). En adelante nos referiremos a los programas considerados a partir de estas siglas. En total se realizaron 62 entrevistas a receptores y 20 a técnicos y profesionales.

Los entrevistados coinciden en que los receptores de aquellos programas en los cuales se exige como contraprestación el cumplimiento de actividades comunitarias, lo consideran un trabajo, lo cual se asimila al propósito explicitado en la normativa de algunos PSE de generar o de mantener una “cultura del trabajo” entre quienes no cuentan con una inserción en el mercado laboral⁴.

A la vez, los profesionales que informalmente participan de la gestión de los programas, plantean que los receptores que equiparan al programa con un trabajo son quienes efectivamente cumplen con la contraprestación, distinguiendo que se presentan casos en los cuales no se efectúa este requerimiento.

Una de las profesionales entrevistadas cuya implicancia en la gestión de los programas es informal⁵ afirma sobre los destinatarios que “*está totalmente naturalizada la inscripción a un programa*”. En este sentido, podemos plantear que además de la trayectoria laboral, para los receptores se va configurando una trayectoria en el marco de los programas, que en ocasiones sustituye a la laboral y en otras se entrelaza con ella, puntualmente cuando la inscripción en un plan o programa se ha convertido en un recurso que suele combinarse con aportes del trabajo informal. Particularmente, en el caso de los más jóvenes -y dado que el trabajo informal de los adultos con los que convivieron desde pequeños fue el tipo de inserción que laboral que generó un ingreso al hogar- se fue configurando un habitus asociado a una clase de condiciones de existencia y de condicionamientos sociales. Distinto es el caso de los adultos mayores con experiencia de trabajo registrado, donde es clara la distinción entre un trabajo y un programa; distinción que se asienta en su propia trayectoria laboral.

El desarrollo de la contraprestación, establece una rutina que se asemeja a la de un trabajo, aspecto que ha sido parte de los objetivos de la normativa que los regula (en el PBB, esto ha sido especialmente planteado en estos términos, con el fin de replicar una organización laboral). Además, la inserción en un espacio compartido con compañeros también influye en generar un

⁴ Este aspecto se planteó en el PBB; en el PJHD cuando se incorporan las condicionalidades o en el PAT al equiparlo a un trabajo.

⁵ Nos referimos a profesionales y técnicos cuya posición en el campo de la gestión de programas no está contemplada formalmente, pero que sin embargo, tienen una incidencia a través de su intervención en la implementación de los mismos. Es por ejemplo, el caso de profesionales que se desempeñan en el Centro de Salud del barrio donde se desarrolló el estudio.



sentido de pertenencia. Fundamentalmente, en el caso de las mujeres este rasgo se acentúa ya que encuentran en la actividad de contraprestación, la salida del ámbito doméstico, la posibilidad de socialización y de reconocimiento por la tarea que se despliega.

Ante la eventualidad de que un programa concluya, la perspectiva que los técnicos tienen de los destinatarios de programas sociales es que se trata de una población cuya trayectoria laboral se ha desplegado mayormente en el trabajo precario, de manera que el hecho de que se discontinúe la inscripción a un programa los retorna/ría a una situación conocida, que pareciera formar parte de su trayectoria laboral conformada por rupturas, discontinuidades e inestabilidades.

Asimismo, se identifica en los entrevistados técnicos y profesionales, que la realización de contraprestaciones en instituciones, implicaba frecuentemente contar con el mismo uniforme de los empleados públicos; refieren los técnicos que esto generaba la ilusión de pertenencia o igualdad respecto al resto del personal. Del mismo modo, un aspecto que destaca una profesional entrevistada en la UNLP como unidad ejecutora es la valoración que hacen los mayores de desempeñarse en espacios de la universidad *“para ellos estar en la universidad, les genera algo especial”*.

Otra particularidad que se plantea por parte de los entrevistados técnicos y profesionales, que tienen un mayor acercamiento a los receptores de programas, es que éstos en general no distinguen el pasaje de un plan a otro, en las situaciones en que se ha producido algún tipo de traspaso (del PBB al PJHD o de éste al PF o al SCyE, por ejemplo). Esta cuestión se vincula con la escasa o nula información que ha circulado en el período bajo estudio orientada a los destinatarios en la instancia de implementación de los programas. Es importante señalar que esta tendencia se ha modificado sustancialmente cuando se hizo el trabajo de campo en la última fase, en el año 2012. Así, una de las entrevistadas que se desempeñó en la gestión del PF y luego ha pasado a desempeñarse en la gestión de la AUH, a diferencia de la situación que caracterizaba propia del 2009, 2010, plantea que en 2012 *“los beneficiarios tienen más conocimiento acerca de cómo manejarse en el marco de programas”*, lo cual puede atribuirse a que hay más transparencia en la comunicación y mayor difusión por medios masivos, sin necesidad de la mediación de referentes. Asimismo, los mismos destinatarios cuentan con mayor conocimiento basado en su propia trayectoria en el marco de los programas; por otro lado, puede también pensarse en la trayectoria de los destinatarios en los

programas sociales, la que vienen construyendo como receptores de los mismos; asimismo, quienes participan en organizaciones sociales se encuentran posicionados de una manera diferente respecto a la búsqueda activa de información sobre los programas. Podríamos también pensar que en los destinatarios, se han ido generando una serie de prácticas y representaciones que se encuentran orientadas por un habitus, donde se conjugan y articulan la experiencia pasada, con la posición que se ocupa en la situación presente.

Respecto a los antecedentes laborales y posibilidades de empleabilidad, los técnicos entrevistados planteaban que los destinatarios en términos generales carecían de formación para acceder a un puesto de trabajo en un mercado laboral competitivo. Sin embargo, entre los técnicos designados formalmente en la implementación, encontramos a quienes consideraban que los receptores de programas son “pasivos”, representación que se asienta para estos entrevistados, fundamentalmente, en “que no buscaban un puesto de trabajo”, intentando modificar su situación de “beneficiario de programa” (por ejemplo, en el marco del PJHD). Estos entrevistados en general no asocian aspectos inherentes al contexto, a las características del mercado de trabajo y de sus requerimientos y a la situación desfavorable de quienes cuentan con menor capital escolar y años de desocupación. En cambio, la representación que conforman los técnicos y profesionales con mayor vínculo con los receptores, -lo que implica un conocimiento más profundo de sus condiciones de vida-, influye en que estos entrevistados entienden las particularidades de la situación de los destinatarios/as de programas respecto a las desfavorables condiciones de empleabilidad. Estas representaciones las encontramos en algunos de los técnicos y profesionales con designación formal en la gestión de los programas y en general en quienes participan en la ejecución informalmente. Es de destacar que las representaciones se asocian con las prácticas, lo cual ha generado entre quienes conforman –o han conformado- una representación de los receptores como “pasivos” y que ocupan cargos formales en la gestión medidas desde esta posición y mirada.

Los técnicos entrevistados en la UNLP de los “cooperativistas”, destacan los perfiles y antecedentes laborales, a los cuales han considerado a la hora de acompañar en la organización de las cooperativas en el marco del PAT. Refiriéndose a la falta de calificaciones de los cooperativistas plantearon en el marco de las entrevistas que la mayor parte no contaba con calificaciones ni formación para el trabajo y que sobre todo en el caso de las mujeres y los jóvenes prevalece la

ausencia de antecedentes laborales. En relación a las organizaciones sociales, los técnicos de la UNLP en 2012, señalan que éstas “*valoran especialmente que a la gente le sirva como calificación y la participación en algo serio*” y respecto a los cooperativistas entienden que valoran la inscripción de las cooperativas en la universidad.

4.b. Representaciones de los destinatarios:

Si bien se han trabajado en el marco de la investigación varias dimensiones que abarcan a las representaciones elaboradas por los destinatarios, en esta oportunidad nos centramos en aquellas que éstos conforman sobre el trabajo. Una de las preguntas que orientó esta indagación es si las tradicionales representaciones y valores asociados al trabajo se mantienen o han ido mutando por lo que hemos tratado de identificar cuáles son los valores que se le asignan a esta noción⁶.

- 2000: En esta etapa distinguimos que aún permanecen los valores tradicionales asociados al trabajo, uno de ellos es la dignidad que brinda y la articulación con la dimensión económica: “*un trabajo es lo que te permite mantener a la familia dignamente*” (2000, M, 35, PBB)⁷. Asimismo, se alude a valores morales, al disciplinamiento y efectos en la organización social que la denominada “cultura del trabajo” produce: “*había personas de mal vivir que a partir de que trabajan en el plan, son padres de familia*” (2000, H, 54, PBB).

En esta etapa el trabajo se concebía como dignificante; en esta línea los programas generaban un ingreso que era entendido como paliativo, pero resultaban muy fuertes las vivencias de indignidad en torno a este tipo de soluciones y la situación personal de desocupación se vivía de modo vergonzante. Las prácticas clientelares a las que debía someterse este grupo de entrevistados, para acceder al PBB y mantenerse en él resultaban uno de los aspectos centrales que generaban esas vivencias de indignidad, sumado a que el desempleo aún no era públicamente reconocido como problema social, lo que incidía en que fuera comprendido por los entrevistados, como una cuestión individual generando sentimientos de auto-culpabilización frente a su situación de desocupación. Sólo entre mujeres sin trayectoria laboral por fuera del ámbito doméstico y en los más jóvenes, la propuesta de replicar una organización laboral en la realización de actividades comunitarias –a la

⁶ Presentamos los resultados obtenidos a partir de los años en que fueron realizadas las entrevistas.

que se aludía en la normativa- incidía en la conformación de la representación del PBB como un trabajo.

- 2003: Después de años de desocupación, problemas de empleo y trayectorias que empezaban a desarrollarse en el marco de los programas sociales, entre los entrevistados de 2003 mayores y de edades centrales, las representaciones tradicionales sobre el trabajo, empezaban a resquebrajarse, sobreviviendo algunas de las valoraciones relativas al trabajo, mientras que otras contrastaban con las posibilidades laborales concretas generando falta de credibilidad sobre algunos tópicos que tradicionalmente se le atribuían al trabajar y al trabajo.

Asimismo, en algunos casos se identifica que ciertos valores como la dignidad se le atribuyen a objetos diferentes al del trabajo: “*Nosotros somos más dignos que una persona de alta categoría: nos esforzamos, tratamos de arreglarnos, somos más dignos*” (2003, M, 31, PJHD ex-PBB). Ante la situación de desocupación y las condiciones de vida, el trabajo deja de ser el objeto que dignifica; puede serlo también la forma de atravesar las difíciles contingencias.

La relación entre expectativas y oportunidades influye en la falta de credibilidad acerca de los valores tradicionales, lo que se presenta en los distintos rangos etarios aunque con mayor fuerza en el caso de los entrevistados más jóvenes.

La falta de oportunidades laborales los entrevistados la vinculan con los requerimientos del mercado de trabajo y abarca aspectos inherentes a la calificación, formación e incluso a su propia apariencia física. Los mismos entrevistados evalúan que no cumplen con los requerimientos, lo que configura una suerte de estigma social en lo que hace al trabajo generando vivencias de injusticia ante la falta de oportunidades que tuvieron para formarse y la ausencia de oportunidades para acceder a un puesto; y ante la ausencia de reconocimiento por saberes y actitudes con los que se cuenta y que no encuentran lugar en el mercado laboral.

En relación al género, entre las mujeres se alude al trabajo y su proyección en el ámbito doméstico y especialmente en lo que hace a las tareas de cuidado: “ (...) *con lo poco que te pagan te*

⁷ En todos los casos en que se transcriben citas textuales de las entrevistas, se incluye el año en que realizada la misma; si se trata de mujeres u hombres (lo que especifica como M o H); la sigla correspondiente al programa que recibía el entrevistado.

desanima: si tenés que comprar algo te alcanza sólo para un hijo y ya para el otro día no tenés más nada” (2003, M, 36, PJHD ex-PBB).

En 2003, los receptores del PJHD comprendían la situación de desocupación ligada a las corrientes inmigratorias provenientes de países vecinos; asociadas a esta lectura predominaban las calificaciones discriminatorias hacia esta población. Se reconocen en los discursos de los entrevistados las lecturas que resultaron dominantes en la década del noventa, y que fueron configurando las representaciones sociales sobre el trabajo y la desocupación. Los mayores en esta coyuntura comenzaban a apreciar el problema del desempleo sobre todo afectando a los más jóvenes y su conexión con el delito y las adicciones. Para muchos entrevistados, el nuevo gobierno que recientemente había asumido resultaba esperanzador. En esta etapa de recolección, encontramos situaciones en las que ya se venía trazando una trayectoria en el marco de los programas y a partir de allí identificamos cómo para entrevistados sin experiencia de trabajo formal –en general los más jóvenes y una porción de informantes de edades centrales- concebían a los PSE-PTCI como un trabajo más, sin establecer distinciones; estas representaciones se vinculan con las demandas por más horas de contraprestación a cambio de más ingresos. Para los mayores con trayectoria en el sector formal, los programas son diferenciados de un trabajo, criticados por corroer a la cultura laboral y generar una dependencia de la asistencia pública, este grupo de informantes demandaba por trabajo genuino, asociándolo con beneficios sociales. Si bien con el PJHD las prácticas clientelares intentaron limitarse desde dispositivos previstos en la normativa; en el estudio de caso realizado, -aunque en menor medida que en el PBB-, en esta etapa aún persisten.

- 2009: simultáneamente a la perspectiva de recuperación de las fuentes laborales, las representaciones sobre el trabajo en los mayores y los de edad intermedia parecían rescatar algunos valores que generaban falta de credibilidad en la etapa anterior.

Por otra parte, si bien se rescataban valores y representaciones tradicionales, se lo hacía con ciertos reparos: *“el trabajo dignifica si cuando uno trabaja está contento, si está bien pago.”* (2009, H, 56, PAT ex PJHD-PBB), situación que identificamos en esta etapa incluso en los mayores, lo que se explica por las experiencias de desocupación y problemas de empleo que han padecido o aún padecen.

Entre los más jóvenes se presentaba un desconocimiento sobre los valores que tradicionalmente se asociaban con el trabajo.

En esta etapa del trabajo de campo, también se recuperaba el sentido del estudio como parte del progreso: *“es cierto que para avanzar hay que trabajar duro. Sino, no llegás a nada. Hoy mis hijos tienen la oportunidad de estudiar. Siempre les digo: ‘aprovéchenlo’”*. (2009, M, 40, PF).

En 2009 los entrevistados del PJHD, PF, SCyE, PEC y PAT leían al contexto de un modo diferente, en esta coyuntura sobre todo los más jóvenes y de edades intermedias sostenían que había trabajo y comprendían que la situación de ocupación/desocupación se apoyaba en una cuestión actitudinal. Los mayores, en cambio, reconocían a los problemas de empleo como estructurales en Argentina, cuestión clave en este grupo de entrevistados, que en la primer etapa se auto-culpabilizaba de su situación personal, evidenciándose la articulación de la opinión pública en la configuración de representaciones sobre el trabajo. Quienes en su trayectoria laboral no cuentan con experiencia en el sector formal, los programas son comprendidos como un trabajo y debido a su trayectoria en los mismos, las prácticas clientelares configuran un habitus; sobre todo en el caso de las mujeres con familia a cargo los programas y el despliegue de prácticas clientelares a éstos asociadas son inscriptos como una estrategia más de sobrevivencia. Este tipo de prácticas se presentan fuertemente en el PEC y PAT –que se evidencian como programas con un importante atravesamiento político en su implementación-; resultando más limitadas en el SCyE y en PF, lo que se explica por la mayor presencia en estos últimos programas de agentes públicos en la definición de altas, bajas y monitoreo.

- 2012: los entrevistados cooperativistas del PAT en forma espontánea aludían a la dignificación a través del trabajo que se encontraban realizando: *“para mí, el trabajo en la cooperativa es un trabajo digno y dignifica”* (2012, H, 58, PAT) *“en las cooperativas trabajamos, esto no es para vagos, es algo diferente a un plan”* (2012, M, 37, PAT ex-PJHD). Advertimos entre los entrevistados adherencia a la noción de trabajo que propicia el MDS y que distinguen al PAT de otros programas, diferenciándose respecto de los “beneficiarios” de PSE y PTCL.

En los jóvenes se distingue nuevamente un desconocimiento sobre valores tradicionalmente asociados al trabajo que se mantiene inalterable respecto a la etapa anterior, formando parte de su

habitus las características del trabajo intermitente con la que han crecido y por lo tanto, sin posibilidad de credibilidad en los mencionados valores.

Para quienes tienen trayectoria política y un compromiso social, las cooperativas son comprendidas como un trabajo donde prima el factor colectivo en su organización y se establece claramente una diferencia entre el trabajo en la cooperativa con las actividades de contraprestación en un PSE; en tanto que para aquellos entrevistados cuya inscripción en organizaciones sociales está basada en una estrategia para acceder a un cupo en una cooperativa y de este modo, obtener un ingreso, la forma de concebir al PAT comparte similitudes con las concepciones sobre otros PSE-PTCI; se lo asimila a un trabajo pero bajo la misma lógica que otros programas sociales de empleo, en tanto genera un ingreso que permite mantenerse a sí mismo y la familia a cargo; en otro orden, se lo comprende como un programa social, donde se ponen en juego las mismas disputas y prácticas que en otros por los que ya dichos entrevistados han transitado.

En esta etapa las distinciones entre las valoraciones sobre trabajar y formar parte de un programa, se han ido modificando: al inicio del trabajo de campo, los entrevistados mayores se negaban a emparentar un programa con un trabajo y consideraban que trabajar generaba dignidad mientras que la vivencia en el marco de un PSE era vergonzante. En cambio, -incluso las mismas personas consultadas- refirieron que lo que dignifica es generar un ingreso a través del esfuerzo; representación que se asemeja a la de los jóvenes de otras etapas de relevamiento. Se mantiene la distinción entre trabajo y programa; pero difiere el sentido de lo dignificante: ambas opciones brindan esta posibilidad.

5. Reflexiones finales:

Comparando las representaciones conformadas por los destinatarios sobre los programas y el trabajo a lo largo del período contemplado, podemos afirmar que han sufrido cierta mutación en relación a la variable temporal, la pertenencia generacional, trayectoria laboral y en los programas sociales: en 2000 aún persistían -pese a las experiencias de desocupación- los valores tradicionales

sobre el trabajo⁸ lo que incidía en la distinción entre un trabajo y un programa sobre todo para los mayores con experiencia de trabajo registrado. En los de edades intermedias y más jóvenes sin esta experiencia laboral, su propia trayectoria de trabajo y lo que incluso formaba parte de los propósitos del PBB generaba una influencia en la concepción de asimilar el programa social de empleo a un trabajo; aspecto que era reconocido incluso así por los técnicos y profesionales entrevistados.

En 2003, con una trayectoria de desocupación de más larga data y sobre todo frente a la dialéctica expectativas/oportunidades que se les ofrecía a los agentes entrevistados las representaciones sobre el trabajo se resquebrajan; en el caso específico de los jóvenes se descrea de dichos valores, mientras que en las mujeres persisten las referencias a asociar el trabajo con la organización familiar y en relación con el hogar. Los programas en esta instancia asumen el sentido otorgado al trabajo, situación que se presenta con mucha claridad en los entrevistados que no contaban con trayectoria laboral en el empleo registrado. En el caso de las mujeres se valora fuertemente a los programas, sobre todo en aquellas jefas de hogar, ya que al ingreso obtenido se lo considera estable y el monto fijo recibido brinda la perspectiva de certidumbre en el marco de un contexto difícil, en el que recientemente se ha vivido la crisis integral en Argentina que ha tenido lugar en 2001-2002.

En 2009, se recuperan con ciertos reparos algunos valores vinculados al trabajo. Es de destacar que en los jóvenes encontramos un desconocimiento sobre estos valores. Podemos entender este período de relevamiento del trabajo como una etapa de transición ya que recientemente se comenzaba a implementar el PAT, el que proponía la organización en cooperativas como novedoso, pero a la vez la forma de implementación en el barrio donde fue realizado el estudio de caso mostraba cierta continuidad con los programas anteriores por la modalidad que éste asumía en la implementación.

En 2012 los cooperativistas recuperan el valor de la dignidad asociado a las cooperativas y al trabajo organizado colectivamente; mientras que en los jóvenes permanece el desconocimiento de las representaciones tradicionales del trabajo. El trabajo en cooperativas permite la posibilidad de un trabajo colectivo que modifica las representaciones, sobre todo de aquellos entrevistados que cuentan con trayectoria de militancia política. En otros casos, se identifican representaciones asociadas con este programa, similares a las de etapas anteriores; situación que se plantea sobre

⁸ Esta dimensión la hemos abordado a través de la inclusión en las entrevistas de refranes y dichos, por ejemplo: “el trabajo dignifica”, “el trabajo es salud”, entre otros.



todo entre quienes no cuentan con capital militante, quienes sólo valoran al PAT como una estrategia de generación de ingresos. Es relevante señalar aquí que es una particularidad de este programa, que cambia fundamentalmente la orientación que asuma en la ejecución dependiendo de la unidad ejecutora, lo que indudablemente determina posibilidades de construcciones diferentes desde lo social, lo colectivo y desde las representaciones que se elaboren sobre el trabajo.

A su vez, las representaciones que los técnicos y profesionales elaboran sobre los destinatarios ha incidido en determinadas prácticas –sobre todo entre aquellos que ocupan posiciones designadas formalmente en el campo de la gestión y conciben/ían a los receptores como “pasivos”-, que lejos de sus propósitos no han contribuido a facilitar las condiciones de acceso a un puesto de trabajo. Cuando las representaciones sobre los destinatarios se conforman atendiendo a las características del contexto, del mercado de trabajo y se tiene un profundo conocimiento sobre las condiciones de vida, las prácticas de los técnicos y profesionales, en cambio, abonan las posibilidades de mejorar la formación, de generar un reconocimiento y esto influye en favorecer las posibilidades de empleabilidad.

Por otra parte, las concepciones que los destinatarios trazan sobre los programas encontramos que se encuentran en línea con los resultados obtenidos en los receptores entrevistados; se trata de representaciones que se encuentran atravesadas por los propósitos que se han explicitado en la normativa que crea y regula a los programas sociales considerados, fundamentalmente en lo que hace a concebir a la contraprestación como un “trabajo”, lo cual intenta forjar y reproducir la “cultura del trabajo”. En el caso específico del PAT la situación que presenta en la normativa que orienta a este programa es de equiparlo con un trabajo, lo que efectivamente conforma esta representación entre los receptores, sobre todo en aquellos que tienen un compromiso y participación en organizaciones sociales, que lo distinguen con claridad de un programa. En este caso específico, entre quienes en cambio no cuentan con capital militante, la participación en las cooperativas no llega a adquirir este sentido y se asemeja más a las representaciones conformadas en torno a otros programas. En el caso del PAT, como resaltamos también tiene una importante incidencia la modalidad que éste asuma en la implementación así como las prácticas y las representaciones de los agentes técnicos y profesionales que participan en esta fase, lo que depende claramente de las características de la unidad ejecutora. Esta articulación entre las representaciones

presentes en la normativa que crea y regula a los programas, las representaciones de los agentes técnicos y profesionales que participan de la implementación y de los mismos destinatarios es parte de los aspectos que inciden en las orientaciones que asumen los programas en su fase de ejecución.

Bibliografía:

Abramovich V. (abril, 2006): “Una aproximación al enfoque de derechos en las estrategias y políticas de desarrollo”. En: *Revista de la CEPAL* N° 88.

Abric, J. C. (dir.) (1995), “*Pratiques sociales et représentations*”, Delachaux et Niestlé, Paris, Francia.

Alfonso Pérez, I. (2007) “*Teoría de las representaciones sociales*” recuperado de: http://www.psicologiaonline.com/articulos/2007/representaciones_sociales.shtml

Beccaria L. y Mauricio, R. (2005) “*Mercado de trabajo y equidad en Argentina*” Ed. Prometeo, Buenos Aires, Argentina.

Bourdieu, P. (1980) “*El sentido práctico*”. Ed. Siglo Veintiuno, Argentina.

Bourdieu, P. (1997) “*Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*”. Ed. Anagrama, España.

Bourdieu, P. (1999), “Comprender”, en: Bourdieu, Pierre *et. al.*, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Argentina, FCE, pp. 527-543.

Bourdieu, P. (1988) “Espacio social y poder simbólico” en “*Cosas dichas*”, Gedisa, pp. 127 a 142, Buenos Aires, Argentina.

Bourdieu, P. (1990) “Algunas propiedades de los campos” en “*Sociología y Cultura*”, Grijalbo, pp 135 a 141 y 281-310, México.

Bourdieu, P. (2008), *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Bourdieu, P. (2012) “*La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*”. Ed. Aguilar, Taurus, Alfaguara. Buenos Aires, Argentina.



Chiara M. y Di Virgilio M. (2009), “Conceptualizando la gestión social” en Chiara y Di Virgilio (organizadoras) “*Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*”. Ed. Prometeo. Buenos Aires, Argentina.

Danani, C. (2009) “La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización” en Chiara y Di Virgilio (organizadoras) “*Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*” (pp. 25 – 52). Ed. Prometeo. Buenos Aires, Argentina.

Gabrinetti, Mariana; Danel, Paula y Velurtas, Marcela (2012) “*La singularidad de la intervención de los trabajadores sociales en tres campos de estudio: discapacidad, justicia y gestión de políticas sociales*” en actas del XX Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social, Córdoba, septiembre 2012.

Gabrinetti, M. (2014) "Programas sociales de empleo y de transferencia condicionada de ingresos: análisis de su implementación desde la perspectiva de técnicos, profesionales y receptores" CEIL-CONICET, Bs. As. Disponible en: http://www.ceil-conicet.gov.ar/?attachment_id=5996

Jodelet, D., (1993) “Las representaciones sociales: fenómenos, conceptos y teoría” en “*Manual de Psicología Social*”, Vol. II, Moscovici (comp.) Ed. Paidós.

Moscovici, S., (1993) “*Manual de Psicología Social*”, Ed. Paidós, Barcelona.

Neffa, J.C. et al (2008) “*Desempleo, pobreza y políticas sociales. Fortalezas y debilidades del Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*”, Ed. Miño Dávila, CEIL PIETTE CONICET, Buenos Aires, Argentina.

Neffa, J.C. y Brown, B. (2011) “Políticas públicas de empleo III 2002/2010”, CEIL PIETTE CONICET, N°7 Tercer Trimestre 2011, recuperado de www.ceil-piette.gov.ar

Pautassi, L. (organizadora) (2010), “*Perspectiva de derechos, políticas públicas e inclusión social. Debates actuales en la Argentina*”. Ed. Biblos, Buenos Aires, Argentina.

Poupeau, F. (2007) “*Dominación y movilizaciones: Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*” Ferreyra Editor, Córdoba.



Rodríguez Enríquez, C. (2011) “*Programas de transferencias condicionadas de ingreso e igualdad de género. ¿Por dónde anda América Latina?*”. CEPAL, División de Asuntos de Género, Santiago de Chile, Chile.

Rozas Pagaza, Margarita (2015) “Reinscribir la relación de la intervención profesional en trabajo social, la cuestión social y las políticas sociales” en “Tendencias y retos”, Universidad La Salle, Colombia, Vol. 20 N°1, disponible en:
<http://revistas.lasalle.edu.co/index.php/te/issue/view/249/showToc>

Zambrini, E. y Gabrinetti, M. (2011) “Políticas Sociales en Argentina: de la Sociedad de Beneficencia a la Asignación Universal por Hijo”. *Revista Escenarios*, Espacio Editorial, Facultad de Trabajo Social Universidad Nacional de La Plata. Año 11 N° 16, (pp.26 – 37), La Plata, Argentina.